



HAL
open science

El monasterio románico como lugar de enterramiento.

Vincent Debiais

► **To cite this version:**

Vincent Debiais. El monasterio románico como lugar de enterramiento.: Una visión a través de la epigrafía. Pedro Luis Huerta Huerta. El monasterio románico. De lo artístico a lo funcional, Fundación Santa María la Real, pp.87-109, 2024, 978-84-17158-52-1. halshs-04665605

HAL Id: halshs-04665605

<https://shs.hal.science/halshs-04665605>

Submitted on 31 Jul 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution - NoDerivatives 4.0 International License

El monasterio románico como lugar de enterramiento

Una visión a través de la epigrafía

Vincent Debiais – Centre de recherches historiques (EHESS-CNRS), Paris

Introducción

A mediados del siglo IX, los monjes de Reichenau, un monasterio benedictino a orillas del lago de Constanza, tuvieron en su *scriptorium* lo que es probablemente el plano más famoso de la Edad Media¹. Se trata de una sola hoja de pergamino de gran tamaño en la que se copió con tinta roja y negra los contornos de una abadía ideal. Se pueden apreciar en este plano todos los lugares y edificios necesarios para que la vida cenobítica se desarrolle según la norma: la iglesia, monumental y de proporción armónica, el claustro, en el centro del complejo, los edificios para las actividades agrícolas, los huertos, los establos, la enfermería. Muchos textos – la mayoría de ellos versos poéticos – describen, comentan o explican las distintas partes de aquel monasterio (Fig. 1). Durante mucho tiempo, la historiografía ha intentado averiguar de qué abadía se trataba; quizás San Galo, monasterio muy importante en Suiza que hoy da su nombre al plano porque este manuscrito se conserva en los fondos de la biblioteca de San Galo². El análisis de las proporciones y de las formas de los edificios y el estudio de los textos que acompañan el mapa han permitido demostrar que el plano propone en realidad la imagen de un monasterio perfecto; un objeto de contemplación para quien lo recibiera a modo de regalo a mediados del siglo IX. Por lo tanto, este plano no informa directamente de lo que era la vida cotidiana en un monasterio carolingio; en cambio, permite acercarse a los grandes principios intelectuales que fundamentan la organización de las instituciones monásticas. De forma aún más interesante quizás, el plano de San Galo documenta la práctica carolingia que consiste en construir “edificios teóricos” con textos e imágenes y en utilizar la poesía para producir reflexiones arquitectónicas complejas³. El conjunto de textos e imágenes en el plano de San compone un tratado escrito e iluminado sobre la idea de lo que define un monasterio en esta época.

Para construir esta imagen ideal, los promotores del plano y sus copistas usaron tanto el dibujo como la poesía, señalando así las posibilidades discursivas de la escritura medieval a la hora de construir virtualmente el espacio sagrado del monasterio⁴. Esta relación entre escritura y edificación es una constancia en la producción poética carolingia. Se conocen infinitos poemas compuestos por los intelectuales más importantes de la época que describen o comentan las distintas partes del monasterio tratando de dar a conocer no solamente la función de los espacios sino la fuerza simbólica de dichos lugares⁵. Estos textos explican por

¹ *The Plan of St. Gall: a Study of the Architecture and Economy of life in a Paradigmatic Carolingian Monastery*, Berkeley, 1979; en última estancia, véase D. RICO CAMPS, “Los versos del plano de Saint Gall”, *Pyreneae* 51-2 (2020), pp. 141-158.

² San Gallo (Suiza), Stiftsbibliothek, ms. 1092; reproducción integral en línea: <https://www.e-codices.unifr.ch/en/list/one/csg/1092>

³ Fr. STELLA, *Il testo dell'immagine. Fonti letterarie per lo studio dell'arte medievale*, Florencia, 2021; Fr. STELLA, “Le jeu de signification réciproque de l'image et du texte dans la poésie carolingienne”, en L. BARBIERI et P. QUARROZ (coords.), *Belles lettres. Les figures de l'écrit au Moyen Âge*, Wiesbaden, 2019.

⁴ Fr. STELLA, “*Versus ad picturas* in età carolingia: il rapporto testo-immagine e le didascalie metriche della Bibbia di Viviano per Carlo il Calvo”, en S. GEHRKE, (coord.), *Text, Bild und Ritual in der mittelalterlichen Gessellschaft (8.-11. Jh.)*, Florencia, 2014, pp. 177-200; A. ARNULF, *Versus ad picturas. Studien zur Titulusdichtung als Quellengattung der Kunstgeschichte von der Antike bis zum Hochmittelalter*, Berlin, 1997.

⁵ C. TREFFORT, “Topographie monastique et magie verbe: poèmes épigraphiques et oraisons de bénédictions dans les monastères carolingiens”, en O. DELOUIS (coord.), *La vie quotidienne des moines en Orient et en*

ejemplo el significado de la puerta de acceso a la iglesia, de la fuente en medio del claustro, de las plantas que crecen en los huertos, de las proporciones del dormitorio de los monjes. Las descripciones llaman la atención por los enredos entre elementos funcionales y pragmáticos de la abadía y reflexiones espirituales, señalando que los edificios materiales son medios para el caminar espiritual de los religiosos. Esta documentación poética ha sido objeto de numerosos estudios a lo largo de los últimos años por parte de los medievalistas que han podido establecer estos textos crean una topografía poética e itinerarios virtuales en el monasterio, una geografía basada en la escritura que permite la deambulación espiritual en los espacios monásticos gracias a la lectura, abriéndolos así a lectores que no forman parte de la comunidad. Es más, se ha podido demostrar que muchos de estos textos presentan un carácter epigráfico y que han sido compuestos (por lo menos de forma teórica) para ser inscritos a modo de inscripciones en distintos lugares del monasterio. Alcuino de York, el gran consejero de Carlomagno, abad de San Martín de Tours, compone así varios conjuntos epigráficos que manda por escrito, acompañados por cartas, a distintas instituciones monásticas del imperio, ofreciendo a la comunidad destinataria una serie de poemas listos para ser pintados o esculpidos en los lugares más importantes del monasterio⁶. Colecciones epigráficas de este tipo se conservan en forma manuscrita para la abadía de Nouaillé, cerca de Poitiers, o para el gran monasterio San Vedasto, en Arras en el norte de Francia. El análisis en serie de estos poemas permite reconstruir en parte la topografía carolingia de estas abadías que han sido desde entonces profundamente modificadas, o por lo menos determinar los puntos focales de las instituciones que dieron pie a la elaboración de un discurso poético y teológico. Estas fuentes literarias, aun poco conocidas, además de dar a conocer el ideario carolingio en cuanto al ámbito de la vida cenobítica, demuestran una conexión muy fuerte entre la práctica de la poesía y la organización material y simbólica del monasterio; entre escritura y arquitectura.

En este sentido, los poemas con carácter epigráfico de la época carolingia son solo una parte de aquella documentación escrita que documenta las practicas espaciales del monasterio medieval. Existen otros tipos de escritos que “habitan” a su manera las abadías, y otras inscripciones con una función y un contenido distintos que enfatizan también esta conexión gráfica entre espacio y vida en comunidad. La producción de los poemas topográficos disminuye a partir de finales del siglo X y no conocemos en el periodo románico semejantes colecciones de composiciones epigráficas. En cambio, conservamos muchos poemas con un contenido funerario compuestos para difuntos ilustres de la alta sociedad medieval por figuras intelectuales de primer plano y mandados a las instituciones que tenían que acoger la sepultura de dichos difuntos o que tenían que celebrar su memoria durante la liturgia⁷. Esta producción funeraria no se limita a poemas, elogios o celebraciones transmitidos en manuscritos, sino que se completa por un corpus extenso de inscripciones reales, esculpidas o copiadas en los lugares más importantes del monasterio románico. A la hora de dibujar la repartición funcional del monasterio, conviene detenerse en estos textos a veces menos conocidos pero muy importantes porque ofrecen un acceso privilegiado a la vida cotidiana de los monjes, a la organización de la institución, a las relaciones sociales entre la comunidad y

Occident (IV^e-X^e siècle). Questions transversales, El Cairo, 2019, pp. 253-265 ; M.E. MARTÍN LÓPEZ, “Las inscripciones en el monacato hispano: contexto, mensaje e intencionalidad”, *Lugares de escritura*, Alicante, 2016, pp. 153-175 ; Fr. STELLA, “Epigrafia letteraria e topografia della vita quotidiana dei monasteri carolingi”, en Fl. DE RUBEIS, W. POHL (Coords.), *Le scrittura dei monasteri*, Rome, 2003, pp. 123-144.

⁶ C. TREFFORT, “La place d’Alcuin dans la rédaction épigraphique carolingienne”, *Annales de Bretagne et des Pays de l’Ouest* 111-3 (2004), pp. 353-369.

⁷ E. INGRAND-VARENNE, “Des inscriptions sans matière ? Foulcoie de Beauvais et Baudri de Bourgueil, le paradoxe de la poésie à caractère épigraphique”, en Ch. FERLAMPIN-ACHER, C. GIRBEA (ccords.), *Matières à débat. La notion de matière littéraire dans la littérature médiévale*, Rennes, 2017, pp. 179-192.

la sociedad que le rodea, y sobre todo a la función y el estatuto de las prácticas graficas en el monasterio.

Generalidades

Desde nuestros conocimientos epigráficos, resulta difícil evaluar la cantidad de textos funerarios que se encontraban en los monasterios románicos, por varios motivos. Primero, porque las inscripciones medievales son elementos frágiles a pesar de su materialidad sólida, de su monumentalidad y de su objetivo durabilidad. Las inscripciones medievales se desplazan, se destruyen, se modifican de acuerdo con las necesidades de la vida del monasterio. A modo de hipótesis cuantitativa y de acuerdo con lo que sabemos de las prácticas epigráficas, podemos avanzar que por cada una de las inscripciones que conservamos hoy en los monasterios románicos de la península Ibérica, se han perdido por lo menos 20 textos; y llegaremos a cifras parecidas en Francia, por ejemplo. El segundo elemento que impide la evaluación numérica de estas inscripciones es la dificultad de definir precisamente lo que es una “inscripción funeraria”. La etiqueta “funeraria” abarca tipos muy diversos de inscripciones⁸. Evidentemente, los epitafios; es decir los textos grabados sobre la tumba del difunto. Es el elemento más obvio, pero muchas inscripciones en el monasterio románico no se encuentran directamente inscritas en las tumbas; pueden estar escritas muy lejos de la tumba, a veces sin ninguna conexión física o material con el lugar de enterramiento. La mención de un difunto puede a su vez encontrarse en inscripciones que no tienen un carácter funerario, en la inscripción de consagración de una iglesia o en un texto dando la firma de un artista, por ejemplo. En este sentido, conviene considerar que cada mención de nombre propio puede revestir una dimensión funeraria en la medida en la que la exposición de dichos nombres en el contexto del monasterio puede bastar para que la comunidad le incluya en su sistema de oración y en las manifestaciones de conmemoración dentro del complejo monástico.

El tercer elemento que hace difícil el cálculo del número de “inscripciones funerarias” es el hecho de que resulta complicado establecer cuáles fueron las funciones y los usos de estas inscripciones en el contexto del monasterio. ¿Eran leídas en algunas fechas del año litúrgico? ¿Se celebraba ceremonias cerca de ellas? Tenemos escasa información para contestar a estas preguntas. Sí parece obvio en cambio que las inscripciones funerarias en el monasterio no pueden considerarse como elementos totalmente autónomos. Forman parte en realidad de una red de gestos gráficos dentro del monasterio – volveremos sobre este punto al final del artículo. El nombre de un difunto escrito en piedra puede encontrar correspondencia en manuscritos necrológicos usados durante las misas y los oficios, por ejemplo, o con los rótulos funerarios que se mandan desde el monasterio para anunciar la muerte de un miembro de la comunidad. En resumen, consideremos que la evocación de nombres en el monasterio románico puede tener una dimensión funeraria independientemente de la vinculación con el lugar de sepultura o con cualquier mención de la muerte propiamente dicha. He aquí una característica del monasterio medieval que reúne siempre dentro de sus muros a muertos y vivos para construir una misma comunidad de camino hacia la salvación. Las inscripciones funerarias contribuyen a la constitución de esta comunidad.

⁸ R. FAVREAU, “Fonctions des inscriptions au moyen Âge”, *Cahiers de civilisation médiévale* 32-127 (1989), pp. 203-232.

Escribir sobre la tumba

Al entrar en el laberinto epigráfico, lo más obvio es empezar por las inscripciones que corresponden a los lugares de enterramientos, bien a los propios elementos que se colocan sobre la fosa sepulcral para sellarlos, bien a los monumentos funerarios que se instalan cerca de la tumba para señalarla. Estas inscripciones son las que se pueden renombrar “epitafios”, siguiendo la etimología de la palabra (están escritos *sobre la tumba*). La primera función de toda inscripción funeraria escrita en la tumba es indicar gracias a la presencia de la escritura el lugar de enterramiento; es decir, la presencia escondida de un cuerpo. La visualización del difunto a través de la escritura epigráfica, y de la mención de su nombre en particular, permite que la comunidad de los muertos este presente en cuanto que miembros del monasterio de la misma manera que los vivos. A través de su tumba inscrita, el muerto “salta a la vista”.

No obstante, no parece ser el caso en los monasterios románicos donde es difícil identificar visualmente los lugares de enterramiento. Dentro de sus muros, no suelen convertirse en una necrópolis, en un cementerio⁹. Los monjes y los miembros menos importante de la comunidad están enterrados fuera del muro de la abadía, en un cementerio, en campo abierto, a veces cerrado con un muro o árboles; en este espacio, las tumbas no suelen estar marcadas con un monumento o con una inscripción. La época medieval – y es un dato muy interesante – ignora casi completamente el principio de la estela funeraria; es decir, de un monumento vertical plantado en el suelo exclusivamente para marcar la sepultura y que puede convertirse en un soporte para la escritura epigráfica. Esta repartición y esta disposición de las tumbas monásticas tienen como consecuencia que el monasterio medieval albergó pocas inscripciones que se puedan considerar como “epitafios”. Es un dato esencial que distingue el monasterio de la iglesia secular, por ejemplo; conocemos miles de inscripciones medievales para catedrales y colegiatas, tanto en la iglesia como en el claustro, que señalan la presencia de la tumba.

La acumulación de tumbas inscritas en el monasterio medieval es poco frecuente; por consecuencia, las pocas tumbas en contexto monástico son sepulturas de excepción – la decisión de instalar una tumba en un espacio tradicionalmente vacío de sepulturas es un acto significativo. Estas tumbas están reservadas a los miembros más importantes de la comunidad que tiene relación con el lugar de enterramiento, tanto monjes como benefactores o fundadores. Las inscripciones inscritas en las tumbas dentro del monasterio románico se refieren pues a los personajes más importantes de la comunidad que han elegido y que han sido autorizados a enterrarse dentro de los muros. La epigrafía medieval señala varios casos de este tipo en época románica, pero quizás el ejemplo más llamativo, aunque en contexto canónico, es el llamado “Panteón de los Reyes” en San Isidoro de León, un espacio que acoge las sepulturas de la realeza castellanoleonesa de los siglos XII y XIII, con tumbas monumentales, todas ellas inscritas con su un epitafio¹⁰. En este panteón real, la escritura pone de manifiesto la relación privilegiada entre la comunidad monástica y sus fundadores y benefactores, y las inscripciones recalcan en su formulario y en su prosodia este vínculo

⁹ Acerca de la forma y de la evolución del cementerio medieval, véase M. LAUWERS, *Naissance du cimetière. Lieux sacrés et terre des morts dans l'Occident médiéval*, Paris, 2005

¹⁰ V. GARCÍA LOBO, “Las inscripciones medievales de San Isidoro de León. Un ensayo de paleografía epigráfica medieval”, en *Santo Martino de León. Ponencias del I Congreso Internacional sobre Santo Martino en el VIII Centenario de su obra literaria (1185-1985)*, León, 1987, pp. 373-394.

privilegiado. Basta con leer la inscripción en versos esculpida con especial atención gráfica en la tumba de la infanta Sancha (Fig. 2)¹¹:

*Esperie speculum, decus orbis, gloria regni, justicie culmen et pietatis apex
Sancia pro meritis immensum nota per orbem, pro dolor, exiguo clauderis in tumulo.
Sol bis sexentos demtis tribus egerat annos cum pia subcubit. Fines erat februarii*

Es más, en el caso de San Isidoro de León, la comunidad canónica llevó a cabo lo que se puede llamar un verdadero “programa epigráfico” con la intención de manifestar por lo alto este vínculo que les llevo a rehacer, reactualizar y transformar a lo largo de los años el contenido y la forma de las inscripciones. Entre los versos de la tumba de Sancha, se esculpió a posteriori otra inscripción en prosa que insiste sobre esta relación privilegiada al mencionar explícitamente la comunidad de San Isidoro:

Hic requiescit regina domna Sancia, soror imperatoris Adefonsis, filia Urrache regine et Raimundi. Haec statuit ordinem regularium canonicorum in ecclesia ista et quia dicebat beatum Ysidorum sponsum suum virgo. Obiit era MLXLVII, pridie kalendas marcii.

Este conjunto epigráfico señala la entrada dentro del espacio canonical de los miembros más importante de la comunidad que permanecen en su recuerdo escrito dentro de los muros.

Con el ejemplo de San Isidoro de León, vemos que el enterramiento y la demostración epigráfica dentro del monasterio o del complejo de la colegiata no se limita a los monjes o los canónigos. Los laicos son probablemente los que más han usado el medio epigráfico dentro del monasterio a la hora de marcar su sepultura. El ejemplo de León es máximo porque se trata de los miembros más altos de la sociedad, pero en realidad este uso de la escritura para señalar la presencia de la memoria laica dentro del monasterio es constante y afecta a todos los personajes vinculados a la institución. En San Isidoro de León, el panteón se encuentra en una sala anexa a la iglesia y al claustro, pero estas inscripciones pueden encontrarse dentro del complejo, en la iglesia por supuesto, en el claustro o en los edificios alrededor de los lugares más importantes de la vida cenobítica.

Estas inscripciones vinculadas a la sepultura insisten en la identificación del lugar de enterramiento y señalan la presencia del cuerpo del difunto. En el mundo románico, los epitafios utilizan las expresiones *hic jacet* y *hic requiescit*, a veces con la mención del *corpus* o de los *membra*. Estos epitafios en contexto monástico presentan una misma diversidad formal que los epitafios en general: textos en prosa, textos en verso, textos muy detallados o textos muy generales. En todo caso, se trata de manifestar una cuádruple relación entre el cuerpo del difunto, el lugar de su enterramiento, la celebración de su memoria a través de la escritura y el contexto monástico en el que se incluyen cuerpo y alma a la hora de celebrar el recuerdo del difunto. Poniendo estas reflexiones en perspectiva con la definición funcional de los espacios monásticos, conviene señalar que la introducción de inscripciones funerarias sobre las tumbas produce una alteración de la función funeraria del monasterio al convertirlo el lugar del cuerpo en espacio de memoria. El epitafio no solo tiene como función identificar al difunto – es altamente probable que la comunidad no “necesite” la inscripción para saber quién está enterrada en sus espacios – sino que participa en la redefinición permanente (y a lo largo del tiempo) de la distribución funcional y simbólica dentro del conjunto monástico al proponer una puesta en escena gráfica de la memoria de sus miembros más importantes.

¹¹ R. SÁNCHEZ AMEJEIRAS, “The Eventful Life of the Royal Tombs of San Isidoro in León”, en Th. MARTIN et J. HARRIS (coords.), *Church, State, Vellum, and Stone. Essays on Medieval Spain in Honor of John Williams*, Leiden, 2005, pp. 479-519.

Por este motivo, estas inscripciones “de prestigio” se ponen en escena en las tumbas de los religiosos y religiosas más relevantes de la comunidad, y especialmente en la de los abades o abadesas que la guiaron durante sus años de oficio. En estos textos cambian el tono y el contenido, y se celebran la dignidad abacial, los méritos morales y las acciones de los difuntos. Se trata de subrayar las cualidades del abad o de la abadesa, y de demostrar que fueron dignos de su oficio. Existen numerosos ejemplos en durante la Edad Media de estos grandes epitafios abaciales. Limitémonos a tres monumentos funerarios epigráficos interesantes que mezclan texto e imagen y que son ejemplos muy tempranos de escultura funeraria. La losa sepulcral, extremadamente sencilla, de Pedro de la Estrella, abad de Fontgombault (en el centro de Francia) presenta una efigie en bajorrelieve y un texto poético a su alrededor en cuatro versos (Fig. 3)¹²:

*Petrus eram dictus, nunc sum sine nomine pulvis;
sed miserante Deo de pulvere credo resurgam.
Dic, homo qui transis, Deus ut michi propicietur.
Nunc quod es ipse fui ; quod sum tu quoque fies*

Esta losa estaba colocada en el coro de la iglesia abacial, delante del altar mayor. El segundo ejemplo es el epitafio del abad Bégon, en el monasterio de Santa Fe de Conques, en el sur de Francia, que se encuentra en un arcosolio del muro sur de la iglesia (que antes daba directamente a una de las galerías del claustro). Se trata de una composición muy original con dos elementos de pizarra colocados de cada lado de un conjunto escultórico representando a la figura del abad rodeado de ángeles (Fig. 4)¹³:

*Hic est abba situs divina lege peritus.
Vir domino gratus de nomine Bego vocatus.
Hoc peragens claustrom quod versus ad austram.
Solleri cura bona gessit et altera plura.
Hic est laudandus per secula vir venerandus.
Vivat in ternum regem laudando supernum.*

Como en Fontgombault, el epitafio del abad Bégon está compuesto en versos. El tercer ejemplo es probablemente el monumento monástico funerario más importante de Francia. El conjunto escultórico del abad Isarn en San Víctor de Marsella es un ejemplo muy original de combinación texto/imagen; merecería un estudio muy detallado y pausado, pero muestra la sofisticación y el cuidado de la memoria del difunto (Fig. 5)¹⁴. Catorce versos han sido esculpidos con gran cuidado sobre la parte central del monumento que cubre, como lo haría un sudario; recapitulan los méritos del difunto. En las extremidades semicirculares de la tumba, tres versos llaman al lector a orar en su memoria. Esta tumba estaba colocada en la cripta del monasterio de la iglesia de San Víctor. Iglesia en Fontgombault, claustro en Conques, cripta en Marsella: tres posibles espacios de enterramiento que con las inscripciones manifiestan su función funeraria y celebran en versos la memoria de los abades.

¹² *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 25, #18, pp. 36-37; M. GARRAULT, “Tombe, plates-tombes et épigraphies funéraires de l’Indre”, *Revue de l’Académie du Centre* 109 (1983), p. 26 ; V. DEBIAIS, “L’inscription funéraire des XIe et XIIIe siècles et son rapport au corps”, *Cahiers de civilisation médiévale* 54 (2011), p. 341.

¹³ *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 9, #A19, pp. 34-36, fig. 21 ; sur la sculpture de cet enfeu, voir J. BOUSQUET, “L’iconographie byzantine du couronnement et son influence: l’enfeu de l’abbé Bégon à Conques”, *Études aveyronnaises* (1999), pp. 165-201.

¹⁴ *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 14, #BR 55, pp. 99-102.

Inscripciones sin tumba

La ocupación del espacio monástico por tumbas depende de las circunstancias históricas e institucionales de cada contexto, así como de las condiciones de conservación de dichos monumentos. Son muchos los monasterios románicos en los cuales no se encuentra ninguna tumba monumental, como si la presencia de los muertos (que es absoluta dentro de la vida cotidiana de los monjes, empezando por la lectura de los libros necrológicos en el oficio del capítulo por la mañana) hubiera permanecido por debajo del suelo o fuera del muro del monasterio. La desaparición de los monumentos no significa, no obstante, que desaparezcan las inscripciones que se puedan calificar de “funerarias”. En realidad, conservamos muchos textos que mencionan a los difuntos y que se esculpen o pintan dentro del monasterio en lugares donde no se encuentra ningún lugar de enterramiento. Se crea así una disyunción, una separación, una distancia entre la inscripción y el enterramiento propiamente dicho, o – por así decirlo – entre el cuerpo del difunto y el recuerdo de su memoria. Este fenómeno no es propio de la vida cenobítica; en realidad afecta a todos los espacios medievales y la mayoría de los textos funerarios se encuentran sin conexión con el cuerpo del difunto.

Para manifestar esta presencia gráfica de los muertos, el claustro de la comunidad ha sido elegido lugar privilegiado de manifestación de sus nombres. Tampoco este es un fenómeno que solo atañe al mundo de los monasterios. Se encuentra en numerosos claustros catedrales o de colegiadas; se puede citar como ejemplo dos monumentos que demuestran esta presencia de la escritura funeraria: el primero (a veces asociado a tumbas) es el claustro de la catedral de Gerona donde se cuentan unos doscientos textos funerarios, la mitad de ellos sin ninguna relación con una tumba¹⁵; el segundo ejemplo es casi caricaturesco de esta distancia entre inscripción y tumba: se trata del claustro de catedral San Vicente de Roda de Isábena, primer conjunto epigráfico de la península Ibérica, con unas 230 textos escritos entre el siglo XII y principios del siglo XIV. 230 inscripciones, y ninguna tumba en el claustro (Fig. 6)¹⁶.

En los monasterios, estas inscripciones se encuentran esculpidas tanto en las paredes de las galerías como en los pilares o los capiteles de las arcaturas. Puesto que no tienen relación con la tumba o la presencia del cuerpo, estos textos no retoman las fórmulas sepulcrales que se pueden leer en los sarcófagos o en las losas sepulcrales. No mencionan *hic jacet* o *hic requiescit*. En cambio, mencionan la fecha de la muerte de los difuntos, con o sin el año. Esta fecha con mucha frecuencia abre el texto funerario; es el elemento clave de estas inscripciones que producen listas necrológicas en el claustro o en la iglesia. Se trata de dar a conocer de forma permanente y monumental el día en el que el difunto – sea este un religioso o un benefactor laico – pasa en el monasterio de la comunidad de los vivos a la comunidad de los muertos. Existen varios ejemplos de tales claustros, pero el monasterio de Silos probablemente el más llamativo, tanto por el número de inscripciones como por la calidad gráfica de estos textos y la diversidad de los personajes mencionados. Los textos parecen visual, estética y formalmente pertenecer al conjunto escultórico que se despliega en el claustro y no a los monumentos funerarios.

El enfoque textual sobre la fecha de la muerte conlleva con frecuencia la evacuación completa de cualquiera referencia al año de defunción. Esta característica ha llevado a entender estos epígrafes como la declinación monumental de los libros necrológicos de la comunidad¹⁷. En

¹⁵ J.M. MARQUÈS, *Inscripcions i sepultures de la catedral de Girona*, Gerona, 2009.

¹⁶ M.E. MARTÍN LÓPEZ, “Las inscripciones medievales del claustro de la catedral de Roda de Isábena (Huesca): aproximación a su taller lapidario”, *Tiempo, Espacio, Forma* 33 (2020), pp. 333-364.

¹⁷ C. TREFFORT, “De l’inscription nécrologique à l’obituaire lapidaire : la mémoire comme signe d’appartenance à la communauté (XIe-XIIIe siècle)”, en C. TRISTANO, S. ALLEGRIA (coords.), *Civis-Civitas. Cittadinanza*

efecto, en los textos copiados en estos libros que se usan tanto durante el oficio del capítulo como durante la misa dominical en la iglesia abacial, no se ha copiado la mención del año de defunción. Los nombres de los difuntos para los cuales la comunidad tiene que rezar y celebrar misa están organizados según el calendario, es decir por día del año litúrgico sin mención específica al año puesto que la comunidad tiene que celebrar estos aniversarios de forma perpetua y cíclica. La acumulación de estos epígrafes produce la sensación de una relación formal entre el libro y el epígrafe, como si la comunidad quisiera monumentalizar y producir una imagen inamovible de esta comunidad de muertos dentro del espacio habitado por los vivos. Existe un contraste enorme entre la inmovilidad, el aspecto totalmente fijado de estos epígrafes y el movimiento constante que se produce en el claustro. Esta hipótesis de una declinación monumental del manuscrito con la creación de lo que la tradición epigráfica ha llamado un “obituario lapidario” es convincente, pero no permite entender el uso práctico de tal lista monumental¹⁸. ¿Cómo utilizarían los monjes esta lista de nombres para celebrar la memoria de los difuntos? ¿Realmente tenía esta lista una función litúrgica de obituario? Como en el caso de la “identificación” de la tumba, es difícil pensar que la comunidad necesitara estas inscripciones para asegurar la celebración litúrgica de la memoria de los difuntos.

Por este motivo, los epígrafes deben de tener otra función que viene a cambiar o afectar la función misma del claustro o de cualquier espacio del monasterio. Al inscribir solo el nombre de la persona – estos epígrafes son normalmente muy cortos, se reducen a elementos esenciales (la fecha de defunción, el nombre y eventualmente el cargo que tenía el religioso en la comunidad), las inscripciones no permiten retratar al difunto, a diferencia que lo que hacían por los abades Pedro de la Estrella, Bégon o Isarn. Se trata más bien de asegurar una “presencia” a través de la escritura, de acuerdo con la fuerza performativa que otorga el pensamiento medieval a las formas escritas de los nombres¹⁹. Las informaciones principales expuestas de forma permanente garantizan la permanencia del recuerdo del difunto y su presencia como miembro de la comunidad de vivos y muertos en el monasterio. En este sentido, y puesto que se trata de asegurar la presencia de los difuntos, las inscripciones funerarias pueden ocupar un espacio sin tumba, un lugar no funerario en el monasterio. Esta discrepancia debe invitar a poner de lado una visión fundamentalmente moderna y funcionalista de la arquitectura en la que se tiene que afectar una sola función a un solo espacio. En realidad, el monasterio medieval, con sus normas de uso por supuesto, es un espacio muy versátil que se puede modificar y alterar en sus funciones. La liturgia en el claustro es el paradigma de tal disponibilidad funcional, y la escritura epigráfica tiene la capacidad de influir en esta topografía y de manifestar el estatus, obvio o inesperado, de determinados lugares – es lo que proponían también los poemas carolingios mencionados al principio de este texto.

Textos de la misma naturaleza se encontraban también en el claustro del pequeño pero muy potente monasterio de Plaimpied-Givaudins, en el centro de Francia²⁰. Estos epígrafes, hoy recolocados en el muro interior de la iglesia, presentan una misma forma y un mismo contenido: fecha de la muerte, nombre y función de los difuntos. Lo que llama la atención con

politico-istituzionale e identità socio-culturale da Roma alla prima età moderna, Montepulciano, 2009, pp. 117-140; A. RAUNER, “Le cloître de Roda, un obituaire lapidaire”, *In-Scription. Revue en ligne d'études épigraphiques* IV (2021), en línea: <https://in-scriptio.edel.univ-poitiers.fr/index.php?id=430>

¹⁸ J. SANTIAGO FERNÁNDEZ, “Oraciones por la salvación del alma. El obituario en piedra del monasterio de Sant Pau del Camp en Barcelona”, *Anuario de estudios medievales*, 46/2 (2016), pp. 939-97.

¹⁹ Acerca de la noción de “presencia”, véase H.U. GUMBRECHT, *Production of Presence. What Meaning Cannot Convey*, Stanford, 2004.

²⁰ *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 26, #155-166.

esta pequeña colección que llega a constituir un verdadero “obituario” es el aspecto singular de la grafía, difícil de entender con sus curvas y puntos (Fig. 7). Durante mucho tiempo, no se supo interpretar estas formas y se pensó que los lapicidas del siglo XII no sabían dominar la escritura en piedra; aquí en el *scriptorium* de la comunidad no existía el mismo peritaje necesario a la hora de producir epígrafes. Gracias a un mejor conocimiento de las técnicas de grabado²¹, estas formas se explicaban perfectamente por la manera con la que los lapicidas han preparado su texto, precisamente para producir letras muy elaboradas, con una calidad formal inmejorable. Los epígrafes de Plaimpied-Givaudins son en realidad inscripciones sin acabar, en un estado intermediario de este tratamiento de la piedra. En este monasterio se puede apreciar una inscripción acabada que muestra la calidad que se quería obtener con esta técnica (Fig. 8)²². No podemos explicar porque no se llegaron a terminar estas verdaderas obras de arte, pero sí nos enseña este fenómeno la voluntad de crear un programa funerario de alto nivel formal. Esta inquietud gráfica en Plaimpied-Givaudins se encontraba en muchos monasterios donde la exposición material y permanente del nombre de los difuntos de la comunidad es un elemento esencial de la relación entre vivos y muertos. También es un “acto reflexivo”, un gesto gráfico en el que la comunidad realmente pensaba y comunicaba acerca de su permanencia y de su amplitud, y del uso de los distintos espacios del monasterio. Exponer estas listas tanto en el claustro como en la iglesia muestra la voluntad de marcar gracias a la escritura los fundamentos de la comunidad; los muros se convierten en un archivo vivo del monasterio.

El hecho de que estas inscripciones, llamadas “obituarías” (es decir, que se centran en la fecha de la muerte del difunto) se encuentren en distintos lugares del monasterio confirma la versatilidad de los espacios. Encontramos epígrafes del mismo estilo y del mismo contenido por ejemplo en unos pasillos que unen el claustro y la iglesia en el monasterio portugués de Alcobaça (Fig. 9)²³: una verdadera colección de difuntos, con inscripciones de altísima calidad, pero cuyo contenido no permite reconstruir el retrato de los difuntos; una lista de nombres expuesta en un sitio de transición entre un espacio y otro. Esta idea de una lectura movimiento, central en el monasterio románico y más allá, es una concepción en sintonía con el entendimiento de lo que es el “sitio” durante la Edad Media que siempre se comprende como una tensión entre el lugar (el *locus*) y el espacio (el *spatium*)²⁴.

“Objetos” funerarios

En los ejemplos de Silos, Alcobaça y Plaimpied-Givaudins, las inscripciones han sido esculpidas directamente sobre los sillares de la construcción, sobre las piedras de los muros para reforzar el vínculo real y profundo entre vivos y muertos, por una parte, y entre muertos y estructura arquitectónica del monasterio por otra, uniendo la letra y el edificio, el nombre y el lugar. No siempre es el caso. Existen muchos ejemplos en los que las inscripciones funerarias referidas a monjes o laicos están inscritas en losas independientes de la sepultura pero que forman pequeños monumentos en sí. El hecho de crear un objeto autónomo para exponer la memoria de los difuntos contribuye a una mayor diversidad del contenido de los textos puesto que pueden prescindir de las fórmulas sepulcrales tradicionales, aunque resulta

²¹ Th. GRÉGOR, « Graver son nom dans la pierre: aspects techniques et culturels », en E. INGRAND-VARENNE, E. PALLOTTINI, J. RAAIJMAKERS (coords.), *Writing Names in Medieval Sacred Spaces: Inscriptions in the West from Late Antiquity to the Early Middle Ages*, Turnhout, 2023, pp. 41-62; Th. GREGOR, *Étude technique des inscriptions médiévales en Poitou-Charentes*, Tesis doctoral, Universidad de Poitiers, 2022.

²² *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 26, #157.

²³ M.J. BARROCA, *Epigrafía medieval portuguesa (862 - 1422)*, Lisboa, 2000.

²⁴ El espacio ha sido un tema constante en la historiografía de los años 2000-2015; véase por ejemplo Th. Liénhart (coord.), *Construction de l'espace au Moyen Âge. Pratiques et représentations*, Paris, 2007.

difícil establecer una dependencia entre el formato material de la inscripción y el contenido del texto. La tradición epigráfica muestra en realidad que existen muy pocas constancias en los formatos y los contenidos, pero los grandes corpus epigráficos europeos parecen mostrar que el hecho de elegir un soporte autónomo, verdaderos “objetos” (o muebles), contribuye a diversificar los contenidos.

La colección epigráfica de dos monasterios de la ciudad de Vienne, en el Valle del Ródano en Francia – la mayor colección epigráfica en Francia en cuanto se refiere a documentos medievales – permite acercarse a esta diversidad formal y textual. En los distintos espacios de los dos monasterios urbanos, mayoritariamente en sus claustros, se conservan una gran variedad de textos funerarios. Es más, todos los textos conservados o conocidos para Saint-André-le-Bas y Saint-Pierre pertenecen al ámbito funerario, con dos tipos principales de inscripción: los panegíricos métricos trazados sobre la tumba o cerca del lugar de enterramiento para abades o altos dignatarios laicos o eclesiásticos de la ciudad de Vienne, como el caso del gran poema epigráfico del abad Hugo, muerto en 1032 (Fig. 10)²⁵:

*Hugo pius papas monachorum providus Abbas
Hoc terre tumulo conditur exiguo
Qui sibimet sed amoris munere duplex
Bicolor eterno complacuit Domino.
Hic dudum cythara consuetus ludere sancta
Quam Domini sanctus spiritus intus alit.
Dulcia concordis dum temperat horgana coris
Excitat hesperior carmine luciferum
Nil parcens ori dedit acsi membra sopori
Nulla tamen tremulis mora fuit labiis.
Jam dum bella Dei bellatur corde fideli
Claxsendis que sono profugat allophilos
Post aquile leti vicricia signa triumphi
Cum lilis dubii finit iter Stadii.
Cum felix torret tropicum sol sexto lumine cancrum
Sistit cum lucro dupla taneta Deo.
Cum spiritus ad supera veitur notantur anni incarnationis Salvatoris millesimo XXXII indiccio
XV*

En segundo lugar, las menciones necrológicas que indican la fecha de fallecimiento de un gran número de difuntos y detallan las disposiciones conmemorativas a favor de las distintas instituciones, como en la inscripción del monje *Guichardus*, muerto en 1164 (Fig. 11)²⁶:

*XII kalendas aprilis obiit Guichardus monacus qui dedit nobis VII solidos censuales pro
aniversario suo in domo que est juxta turrem nostram.*

De esta importante colección (que todavía queda por estudiar desde un punto de vista epigráfico global) se puede destacar dos puntos esenciales. En primer lugar, conviene señalar la elevadísima proporción de laicos entre los difuntos mencionados en las inscripciones necrológicas de Saint-Pierre y Saint-André-le-Bas: hombres, mujeres, familias, hermanos. Independientemente de que los difuntos estuvieran enterrados o no dentro de los muros del monasterio, las dos comunidades deseaban dejar la huella epigráfica de su memoria en los muros del claustro, para plasmar materialmente los contornos de una comunidad de oración que reunía a monjes y laicos. Por otro lado, las inscripciones de Vienne muestran claros vínculos con la documentación diplomática contemporánea, al menos en la forma, a través de

²⁵ *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 15, #56, pp. 59-61, fig. 37.

²⁶ *Corpus des inscriptions de la France médiévale* 15, #71, pp. 72-73, fig. 53.

la mención frecuente y, en ciertos periodos, sistemática, de las condiciones precisas en las que se celebraba la memoria del difunto. Más que epitafios vinculados a la tumba, estas inscripciones son un reflejo epigráfico de la fundación de aniversarios y disposiciones conmemorativas. Este tipo de inscripción, corriente a partir de los años 1230-1240 en la documentación epigráfica, registra la fundación de una capilla o de una misa; como lo hará más tarde y de forma sistemática el testamento, menciona también los bienes y rentas dejados por un difunto a la institución para la celebración de su aniversario; fija en piedra los servicios, litúrgicos o no, que la comunidad debe prestar en esa fecha. Sin embargo, la documentación de Vienne muestra una sobrerrepresentación de este tipo de inscripciones: el 80% de los textos conocidos presentan el texto de una fundación conmemorativa. Estas inscripciones aparecen al mismo tiempo, hacia 1170, en un momento en que los dos monasterios extienden su dominio sobre la zona urbana y compiten por los beneficios asociados al entierro y la conmemoración de los difuntos. Las inscripciones son un reflejo de esta competición en afirmarse como “lugar de enterramiento privilegiado”, y como un medio para demostrar el alcance de la comunidad de oración así formada en el monasterio. Lo mismo ocurrió en la catedral de Vienne, con numerosas inscripciones necrológicas de este tipo producidas en los años 1165-1170. La documentación epigráfica muestra cómo, en una época de gran prosperidad, los beneficios de la economía de la salvación (en sentido literal) se extendían por los grandes claustros que jalonaban el paisaje de la ciudad de Vienne; superpuestas a esta topografía de la conmemoración, las inscripciones mostraban en los muros de los claustros los nombres de los difuntos cuya memoria se honraba en cada una de las instituciones. La escritura epigráfica se convierte en un medio de monumentalizar esta memoria e instalarla de forma permanente en el lugar donde se celebra una vez al año. La distribución y el contenido de las inscripciones funerarias en Vienne no tienen equivalente en la documentación epigráfica en Francia.

No se trata solo de crear una lista de nombres expuesta en los muros del claustro o de la iglesia. No se trata solo de identificar el lugar de enterramiento y al propietario de la tumba. Se trata de recordar de forma monumental el contrato que une la comunidad con los difuntos cuyos cuerpos o recuerdos acogen en sus muros. Llama la atención el corpus de Vienne por esa manifestación monumental de la relación casi contable que mantiene la comunidad con los difuntos. Esta puesta en escena de la dimensión diplomática de la muerte permite establecer una relación con otros textos; no los libros litúrgicos que contienen las listas necrológicas que se usan durante las celebraciones, sino con los archivos de la comunidad que contienen cartas, diplomas y documentos en los que se retoman estas disposiciones y que tienen el verdadero valor legal del contrato. Las inscripciones de Vienne no son sustitutos de dichos contratos, no tienen un valor jurídico y por lo tanto no transforman el claustro en archivos del monasterio. Pero sí en cambio manifiesta lo esencial de esta relación, quizás a modo de garantía simbólica, quizás a modo de promoción de la memoria al exponer las posibilidades económicas de los difuntos como “objetos” autónomos, o quizás para asegurar la permanencia de dichas donaciones una vez extinguida la familia del difunto.

Lo que sí muestran las inscripciones de Vienne es la comunicación permanente entre los distintos tipos de textos dentro del monasterio. Manifiesta que lo que está en juegos dentro del monasterio medieval (y probablemente más aún en época románica) es también una comunidad textual, una comunidad gráfica. Los textos de Vienne son de una calidad formal absolutamente llamativa y demuestra que el monasterio probablemente tenía a su disposición no un taller epigráfico (que es un concepto muy difícil de definir en cuanto se trata de Edad Media, con comparación con la edad la antigua donde conocemos lo que es el concepto de

“oficina epigráfica” tanto en Grecia como en Roma)²⁷; muestra que el dominio de la escritura que se manifiesta en los archivos y el *scriptorium* de Vienne se extiende también al mundo epigráfico; no hay diferencia profunda en la realización de los distintos tipos de textos que contribuyen a promover la institución y establecer una “topo-grafia” en el monasterio.

Conclusión

Este panorama de las inscripciones funerarias en los monasterios medievales subraya tres hechos documentales. Primero, el hecho de que detrás del adjetivo “funerario” se esconden inscripciones muy diferentes, tanto en forma como en contenido. Segundo, el hecho de que la función funeraria es muy difícil de definir con claridad al mezclar cuestiones conmemorativas con ambiciones promocionales o institucionales. Tercero, el hecho de que la dimensión pragmática y la dimensión simbólica de la escritura se mezclen constantemente. Exponer los nombres de los difuntos de forma permanente no es una acción anecdótica cuando se plasman en los lugares más importantes de la vida religiosa: el claustro, ámbito privilegiado de la comunidad, zona de deambulación, oración y enseñanza; la iglesia, lugar de la liturgia y espacio sagrado por excelencia. No puede haber nada trivial en el contenido del texto o en la forma del epígrafe cuando se tiene en cuenta lo que representa material y simbólicamente el trasfondo de la escritura. Escribir una lista de nombres de difuntos en el claustro transforma el lugar de la vida cotidiana en un espacio en el que se juntan vivos y muertos para manifestar su presencia en el mundo. Exponer la tumba inscrita de un abad bien en el santuario donde la fuerza del sacramento se manifiesta, bien en la cripta al lado de los restos del santo fundador de la institución, participa en la promoción de la figura abacial y de sus acciones para la comunidad.

La dimensión epigráfica de la arquitectura románica nunca es fortuita o transparente. Un espacio inscrito es distinto del mismo espacio sin inscripciones y nuestra mirada hacia el patrimonio románico debe tener en cuenta estas inscripciones. Nadie pensaría pasear por las galerías del claustro de Silos sin admirar las esculturas de los pilares de las esquinas o de los capiteles. En cambio, muchos visitantes pasean por el mismo lugar sin fijarse en las inscripciones funerarias que convocan la presencia de los muertos alrededor del jardín, imagen del paraíso. Nuestro deber como historiador o historiador del arte es restablecer esta presencia escrita, más aún cuando tiene como sujeto la memoria de los difuntos. El plano de San Galo con la que se abre esta presentación muestra la interconexión entre la arquitectura, la idea y la escritura; los ejemplos en monasterios del románico hacen lo mismo cuando abordan la cuestión funeraria, convocando además el recuerdo de los muertos. Los monasterios románicos sufren primero de la pérdida de un gran número de estas inscripciones, y segundo del hecho de que los claustros catedrales parecen mucho más “gráficos” que los claustros de los monasterios. Pero el hecho de que se haya elegido el medio epigráfico en ciertas ocasiones, en ciertas ocurrencias, para ciertos lugares, para ciertos difuntos muestra toda la relevancia de estos escritos para la comprensión de lo que es un espacio monástico durante la Edad Media.

²⁷ M.E. MARTÍN LÓPEZ, “Centros escriptoricos epigráficos de la provincia de Palencia”, *De litteris, manuscriptis, inscriptionibus. Festschrift zum 65. Geburtstag von Walter Koch*, Vienne, 2007, pp. 203-228; J. MALLON, “Scriptoria épigraphiques”, *Scriptorium* 11-2 (1957), pp. 177-194.